

TERCERA CARTA PASTORAL

QUE

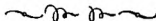
EL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO

Sr. Dr. D. MANUEL MARIA POLIT

OBISPO DE CUENCA

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

SOBRE LA SAGRADA EUCARISTIA



Lima 1908.

IMPRENTA DEL CLERO.

Nos Dr. D. MANUEL MARIA POLIT

·POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA·

OBISPO DE CUENCA

A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero secular y al regular, y á todos los fieles católicos de nuestra Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.



*Ecce vobiscum sum omnibus diebus
usque ad consummationem sæculi.*

Hemo aquí, con vosotros estoy todos los días hasta la consumación de los siglos.

MATTH, xxviii, 20.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS

EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO:

Antes de subir á los cielos y volver al seno de su Eterno Padre, considerando Nuestro Señor Jesucristo cuán solos, pobres y tristes quedarían sus discípulos, y aun todos los hombres, que ya le habían visto en este mundo, pero vislumbrado apenas su hermosura y bondad, compadeciósese de ellos y quiso quedarse con ellos. "Hé aquí, les dijo, que estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos": pala-

bras son éstas de verdad infalible que realizan lo que enuncian. Mas ¿cómo es posible que, después de sentarse á la diestra de su Padre, Cristo, no sólo Dios sino también Hombre verdadero, permanezca junto á nosotros en este destierro y comparta en cierta manera nuestras miserias? Lo que parecía problema irresoluble, imposible, y aun contradictorio para la flaca inteligencia humana, lo hizo fácil y hacedero la infinita bondad, servida por la omnipotencia del Verbo Divino humanado. Todos vosotros lo sabéis y tenéis la dicha de creerlo y adorarlo: este problema del amor de un Dios por el hombre, quedó resuelto maravillosamente en el misterio de la Santa Eucaristía.

Bajaron la Virgen y los Apóstoles de la cima del Monte Olivete, el día de la ascensión del Señor, y presto le hallaron de nuevo, escondido bajo las especies sacramentales, sin duda alguna en la misma sala del Cenáculo, donde por primera vez Jesús dijera, tomando el pan y el vino en sus benditas manos: "Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre.... Haced esto en memoria mía". *Hoc est corpus meum, hic est sanguis meus.... Hoc facite in meam commemorationem* (1).

Desde entonces, esta palabra creadora ha ido repitiéndose por los ámbitos de la tierra, al través de los siglos, y el mismo Jesús ha vivido, sigue viviendo y vivirá siempre en medio de los hombres, con quienes, aun antes de encarnarse en el seno de María, anunció que tendría sus delicias. (2) Separáronse los Apóstoles y discípulos del Salvador, para predicar el Evangelio, junto con el cual, por sí y por sus sucesores, han llevado esta semilla divina de amor é inmortalidad, la Sagrada Eucaristía. Ya la encontramos en Jerusalén, donde los fieles se reúnen diariamente para la fracción del pan; en las Catacumbas

(1) MATH, XXVI, 26, 28.—I COR, XI, 24.

(2) PROV., VIII, 31.

de Roma, donde sirve de viático á los atletas cristianos, que salen á la arena del anfiteatro para sellar su fe con su sangre. Los primeros misioneros la llevan, esta semilla divina, cruzando mares, ríos y montañas, oscuras selvas y llanuras pantanosas, para sembrarla en las Galias, las Españas, la Germania y las islas inaccesibles de los Bretones. Al andar de los tiempos, ¡qué maravillosa ha sido esta siembra, y el consiguiente florecimiento y fructificación de virtudes, de amor y caridad en la tierra! Gracias á ella, el nuevo mundo americano, no bien saliera de las tinieblas de la idolatría y la barbarie, entró de lleno en el concierto de los pueblos cristianos. Lo propio exactamente pasa aun hoy día, doquiera que junto con la fe católica asoma la Hostia Divina, sea en las inmensas estepas del Asia, en los desiertos ó bosques antes impenetrables del Africa central, ó en las islas más apartadas y diminutas de los archipiélagos de la Oceanía, mixtura de flores esparcida en el Grande Océano.

La semilla eucarística cayó también, un día memorable y mil veces bendito, hace ya casi cuatro siglos, en nuestros valles, y por misericordia singular del Cielo, prendió y arraigó profundamente, y el árbol de vida ha ido creciendo con toda su belleza y fecundidad. Sin emplear ya ninguna comparación, digamos que Nuestro Señor Jesucristo ha querido también habitar entre nosotros en su Sacramento de fe y amor, siendo El mismo nuestro Maestro, nuestro fiel Amigo, nuestro seguro Fiador ante su Padre, nuestro único Dueño y Señor. Todo cuanto tenemos, á El se le debe: la fe católica aun preservada del error, la unión perpetua é indivisa con nuestra Santa Madre la Iglesia, las virtudes cristianas que honran á nuestras familias, sociedad y pueblo, (no obstante mil tropiezos y faltas innegables, sólo por nuestra culpa): en una palabra, el que pertenezcamos al Reino de Dios en la tierra, y mantengamos la firme esperanza de ser admitidos en su celeste corte y eterna bienaventuranza. ¡Oh! cuánta razón tuvieron nuestros mayores al con-

sagrarse de modo tan especial á la adoración, culto y amor del Santísimo Sacramento! ¡Cuán obligados estamos á seguir sus ejemplos, conservar sus tradiciones y merecer como ellos el noble título que se granjeó Cuenca de ciudad Eucarística, comunicando este honroso dictado á toda nuestra Diócesis!

Mucho tendremos que hablaros, si Dios nos da vida, Hermanos é Hijos carísimos, acerca de esta especie de pacto que realmente existe entre Jesús Sacramentado y esta pequeña porción de su rebaño, que compone la Diócesis de Cuenca. Hoy no queremos sino dirigirlos en general una breve exhortación para excitar más y más vuestra antigua devoción al Santísimo Sacramento, con motivo de las próximas fiestas del Corpus Christi, recordándoos lo que hace Nuestro Señor en nuestros altares, y cómo por ley ineludible de justicia, gratitud y amor, debemos nosotros portarnos con El.

¿Qué hace Jesucristo en el misterio adorable de la Eucaristía?... ¡Ah! ¿quién pudiera conocerlo y predicarlo al mundo? Misterio es éste impenetrable para los mismos ángeles, cuánto más para nuestras débiles inteligencias y mezquinos corazones. Aun la simple presencia de Cristo bajo las especies sacramentales, ¿habríamos podido sospecharla, ni admitir su posibilidad, si el Maestro Divino no nos la hubiese revelado? Pues bien, supliquémosle á El mismo que nos manifieste un algo de esta vida suya en la Eucaristía, que nos haga sentir la palpitación de su Corazón Eucarístico, por más que seamos absolutamente incapaces de sondear este abismo de sabiduría y amor. Postrémonos en el polvo, adoremos silenciosos, y entonces fijando en la Hostia Santa nuestras miradas, preguntémosle á menudo, con el candor, respeto y confianza del hijo pequeñuelo á su padre: ¡Oh Dios y Señor mío, oh mi Redentor y mi Padre! decidme, ¿por qué estáis allí, para qué estáis allí hasta la consumación de los siglos?

El intrínseco motivo de la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, no es otro que el de su

Encarnación, Pasión y muerte: esto es, subordinándolo al de su Padre, su infinito y eterno amor para con el hombre. *In caritate perpetua dilexi te*, nos dice, por boca de su profeta Jeremías, á todos y cada uno de los hombres (1). Fácil es expresar este motivo; muy difícil, ó mejor dicho, imposible entenderlo cumplidamente. ¿Quién podría comprender el amor del Verbo Divino para con su ingrata criatura? La amó desde que fué engendrado en el seno de su Padre, y y por tanto desde toda la eternidad. Por esto la sacó de la nada, como remate bellissimo de toda la creación, que sujetó á su dominio; por esto, después de la prevaricación original, en la plenitud de los tiempos, se unió con ella por la unión hipostática de la divinidad y la humanidad en su propia persona, para salvar á esa misma infeliz criatura náufraga en un mar de crímenes y torpezas. Ya sabemos cómo la redimió de la esclavitud del demonio, cuánto le costó su rescate: *pretio magno empti estis*. (2) Ahora bien, una vez que estos misterios de la Encarnación y Redención, por su mismo plan y forma, habían de verificarse en el tiempo, teniendo duración limitada la vida mortal del Redentor, quiso éste prolongarlos, perpetuarlos, por decirlo así, indefinidamente hasta la consumación de los siglos, para lo cual, de los tesoros inagotables de su divina opulencia sacó el don supremo de su amor, inventó la Eucaristía. Así es que, siglos antes, con inspiración profética, cantaba el Salmista: *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se* (3) El Señor misericordiosísimo nos dejaba un recuerdo, un compendio de todas sus maravillas, dejábase á sí mismo de alimento para los suyos. De esta suerte, habiendo ya realizado en la Cruz el dulcísimo nombre de Jesús Salvador, quiso también realizar al pie de la letra y para siempre el no menos

(1) JEREM. XXXI, 3.

(2) I Cor. VI, 20.

(3) Ps. CX.

hermoso y suave con que Isaias había designado al Hijo de la Virgen, llamándole Emmanuel, Dios con nosotros. (1)

Ante todo y sobre todo la Sagrada Eucaristía es el memorial de la Pasión del Señor, quien la instituyó en la última Cena, pocas horas antes de su muerte, á fin de que, perfeccionado el sacrificio sangriento del Calvario, se renovase en adelante de una manera mística en todo tiempo y lugar, según lo tenía anunciado el profeta Malaquías. (2) Este había de ser el único sacrificio incruento y universal ofrecido á Dios, cual ofrenda pura, hostia gratísima y digna de su infinita majestad, por su Hijo mismo inmolado perennemente en los altares hasta el fin de los siglos: ésta es la Víctima sacrosanta, el Cordero siempre sacrificado, *Agnus tanquam occisus*, (3) que borra con su sangre sin cesar derramada los pecados del mundo, nos obtiene el perdón, y tributa á Dios la mayor gloria que Dios puede recibir fuera de sí mismo. Aquí está el centro y fundamento de la Religión verdadera y perfecta, la que ya no puede concebirse sin la reconciliación cabal del hombre delincuente por la condigna satisfacción tributada al Creador en el sacrificio de la Cruz, que perpetúa maravillosamente el sacrificio del altar. La presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía tiene, pues, por objeto primario y supremo la mayor gloria de Dios.

Mas, si en la Santa Misa se efectúa este sacrificio, y por medio de las palabras de la consagración vuelve Jesús á habitar entre nosotros, es también para beneficio nuestro, puesto que así cumple la promesa que hizo á sus discípulos, cuando les ofreció un Pan bajado del cielo, nada menos que su Cuerpo y Sangre, su sacratísima Humanidad entera, de la cual no puede nunca jamás separarse su Divinidad. Y como El mismo nos invita á este espléndido banquete, nos insta y casi

(1) ISAI, VII, 14.

(2) MAL, I, 11.

(3) AROC, V, 6.

nos amenaza para que entremos y participemos. El ha querido que donde quiera estuviere servido tanto para pobres y pequeños cuanto para ricos y grandes; ya que en esta mesa todos son igualmente comensales y vuelven á ser hermanos. Aun podría decirse que no ha instituido el sacerdocio como tal para otro objeto que la celebracion de la Santa Misa, el sacrificio por excelencia, y la Santa Comunión, el manjar divino de las almas. A esto se endereza la predicación del Evangelio, y á la Eucaristía se refieren los demás sacramentos y gracias, que de ella dimanán como brotan del sol los rayos que nos iluminan, calientan y vigorizan.

Conocidos con evidencia los dos principales fines, primario y secundario, de la permanencia eucarística de Jesucristo en la tierra, ¡cuán admirables aparecen ya los frutos que produce su presencia real en el Sacramento! En verdad no hay pueblo como el cristiano que tenga á su Dios tan cerca de sí, *appropinquantesibi* (1). Mas, dirá alguien, ¿no bastaba acaso la presencia espiritual de Dios que todo lo ocupa, todo lo sabe y puede? ¿no tienen razón nuestros hermanos separados y extraviados los protestantes, que se declaran satisfechos con la fe en Jesucristo y con la acción del Verbo Divino en las almas? No, mil veces no, amados Hijos: la Sabiduría increada, que sabe de qué barro fuimos formados, no ignora cuán materiales y sensibles somos, y cómo no habríamos jamás llegado á conocer con alguna certeza la Divinidad y sus infinitos atributos, si el Hijo de Dios no nos la hubiese revelado, mostrándose á sí mismo: *neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare*. (2) Para arrancar á la humanidad incrédula y recalcitrante el grito de fe y amor del apóstol Tomás arrepentido: Señor mío y Dios mío, *Dominus meus et Deus meus* (3) era preciso que el Verbo se hiciese carne

(1) EUTER, VI, 7.

(2) MATH, XI, 27.

(3) JOAN, XX, 28.

y habitase entre nosotros, que pudiésemos mirarle, oírle y palparle. Pero, una vez subido á los cielos, ¡ay! desgraciadas las generaciones que sólo por la tradición y la historia le hubiesen conocido, y cuyos ojos se hubiesen cansado y ofuscado de tanto buscarle en lo alto! Su Corazón lleno de misericordia se compadeció de nosotros, y escuchó benigno la humilde invitación que le hacía, por boca de sus discípulos, la humanidad doliente: *Mane nobiscum, quoniam ad vesperas cit:* (1) Señor, si te alejas, vuelven á rodearnos las sombras de la noche, quédate con nosotros. El dulce Salvador Jesús se ha quedado en efecto con los hombres, ocultándose bajo los velos eucarísticos para probar su fe y amor, pero al mismo tiempo para prestar un punto de apoyo á sus sentidos. Sí, en aquella hostia sacrosanta de nuestros altares, en esa partícula que antes fué pan y ya no lo es, hállase real y verdaderamente el Maestro, el Señor y Dios de nuestras almas. Las que son puras le reconocen al través de esos velos de las especies sacramentales, como Juan, el discípulo amado, le reconoció á orillas del lago de Genesaret, entre la neblina de la mañana, cuando exclamó gozoso: *Dominus est*, es el Señor! (2) Por más que la fe nos haga renunciar á la consecuencia del testimonio de nuestros sentidos en cuanto á la substancia del pan, deja intactas las apariencias; y es consuelo inefable para el creyente fijar la vista en esa como unbecilla blanca tras la cual está Jesús, y saborearlo á El mismo, cuando el gusto percibe el pan que ya no existe. La Sabiduría Divina bien supo lo que hacía cuando se quedó entre nosotros, y se dió á nosotros en alimento, bajo las especies del Santísimo Sacramento.

Allí está, pues, Nuestro Señor Jesucristo, vivo y glorioso como en el cielo, según nos lo enseña la Iglesia; y allí, aunque aparezca inerte y prisionero, en realidad es soberano de todas las criaturas, todo

(1) LUC, XXIV, 29.

(2) JOAN, XXI, 7.

lo gobierna, y en sus manos trae inagotables tesoros para otorgarlos á quienes se le acercan, gracias de luz y consejo para los ciegos é incultos, gracias de perdón para el pecador contrito, de fortaleza para el débil, de consuelo para el triste, gracias de amor sobre todo para el que quiere corresponder al suyo. Allí nos da sin cesar ejemplo de las mas altas y heroicas virtudes, y nos suministra la panacea de todos nuestros vicios. ¿ Quien será orgulloso después de contemplar á Jesús humillado, anonadado por decirlo así en la Eucaristía ? El corazón duro del avariento, el corazón emponzoñado del envidioso, del iracundo y vengativo, ¿ no se ablandará y sanará al calor de tanta generosidad y ternura ? ¿ el corrompido no se levantará del cieno y purificará al suave influjo de la pureza del Santo de los santos ? No solamente para los individuos está manando en el Sacramento del altar la fuente de vida y santidad: la sociedad entera encuentra á sus piés abrazadas la paz y la justicia, *justitia et pax osculatæ sunt*, (1) reconciliadas las clases sociales y asegurada la única fraternidad sincera que sea posible, la de los hijos de Dios. En la misma elaboración de las especies sacramentales, en el pan fabricado con muchos grãos de trigo, y en el vino procedente del zumo de muchos grãos de uva, simbolízase la unión que produce este adorable sacramento; y lo que se pide con instancia para la Santa Iglesia en la fiesta de Corpus y su octavario, el don inapreciable de la unidad y la paz, ¡ oh ! supliquémoslo también para nuestras familias y nuestra patria: *Ecclesiæ tuæ, quæsumus Domine, unitatis et pacis propitius dona concede, quæ sub oblatiis muneribus mystica designantur*. (2) En ningún lugar ni momento podremos trabajar mejor por nuestra Patria, que junto á la Hostia Santa en que palpita el Corazón Divino al cual, para dicha nues-

(1) Ps. LXXXIV.

(2) SECRETA DE LA MISA DE CORPUS.

tra, estamos consagrados. Este es el sol de las almas, y como el astro del día vivifica la naturaleza, así el Santísimo Sacramento les da á ellas la luz el calor y la vida de que necesitan.

No en vano para nosotros quedóse Jesucristo Sacramentado en el mundo: en cierta manera, permitiéndonos decirlo en frase familiar, El se ha hecho nuestro conciudadano, vecino y compañero. ¿Qué son las puertas del tabernáculo ni los muros del templo para la mirada de su Humanidad santísima en el Sacramento? El nos está mirando con amor indecible, que nunca alcanzaremos á meditar lo bastante ni mucho menos á comprender; El nos está mirando en nuestras faenas diarias, en el trabajo y el descanso, de día y de noche; El oye nuestras palabras, escudriña nuestros pensamientos y aquilata nuestros afectos.

Esto lo sabemos, pues tenemos fe, y sin embargo vivimos en la práctica, como si Jesucristo no estuviese con nosotros. ¡Qué olvidados casi siempre de su presencia, qué tibios para visitarle en su casa y recibirle en la nuestra, cuán de hielo y de bronce para amarlo! Su trono eucarístico no es de justicia, sino de misericordia, y empero no parece sino que tuviéramos miedo de llegarnos y rodearlo! ¿Será acaso porque la fe está muerta ó moribunda en nuestras almas? porque no queremos, una vez por todas, resolvernos á cumplir la santa ley de Dios, vencer nuestras pasiones, sacrificar los falsos bienes que nos alucinan y atraen, por amor de Aquél que tanto nos ama y se nos ofrece á sí mismo como nuestro único bien y felicidad?

Vamos á la Eucaristía, Hermanos é Hijos muy amados, vamos á ella, pero con toda nuestra alma. En estos días de Corpus y su célebre septenario, gocémonos si en el mayor don que Dios nos ha hecho, agradezcámosle y en cambio entreguémosle de veras nuestros corazones. No sea que se nos aplique la increpación que por boca del profeta Isaías lanzó el Señor contra el pueblo israelita, que le honraba con

los labios y apartaba de El su corazón. (1) El fruto de las fiestas del Corpus debe ser la renovación espiritual de los cristianos, como nos enseña á cantar nuestra Madre la Santa Iglesia:

Recedant vetera, nova sint omnia:

Corda, voces et opera.

En nosotros que todo se renueve: las obras, las palabras y el mismo corazón. (2)

En cuanto á Nos, vamos á presenciar y tomar íntima parte, como vuestro Padre y Pastor, en las próximas fiestas eucarísticas de Cuenca, deseosos de conservarlas é ir las mejorando, si cabe, año por año, después de quitar, en cumplimiento de nuestro deber, cualquier abuso que en ellas se hubiese deslizado, de modo que vengan á ser fiestas verdaderamente cristianas y católicas, dignas de servir de norma y modelo á todas las que se celebren en nuestra Diócesis; fiestas en que la esplendidez del culto externo manifieste el fervor interior de las almas hermoseadas por la gracia, el regocijo popular indique la paz y el gozo de las conciencias, la cooperación de todos los gremios, corporaciones y clases sociales sea prenda de nuestra unión religiosa y patriótica; en suma, cuyo resultado eficaz y duradero sea, os lo repetimos, la renovación espiritual de nuestra Ciudad y Diócesis.

A fin de obtener tan preciado bien, implorándolo del Cielo, os damos nuestra paternal bendición, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Esta Carta Pastoral se leerá en todas las iglesias y capillas públicas de nuestra Diócesis, el primer día festivo después de su recepción, en la misa de mayor concurrencia.

(1) Isa. XXIX, 13.

(2) HIMNO DE MANTINES EN EL OFICIO DEL SS. SACRAMENTO.

Dada en Cuenca, en nuestro Seminario Conciliar,
el domingo de la Santísima Trinidad, 14 de Junio de
mil novecientos ocho.

† MANUEL MARÍA
Obispo de Cuenca.

Por mandato de S. Srio. Ilma. y Rvma.

Daniel Hermida,
Secretario.

Imprenta del Clero.